

VOZ Y PRESENCIA DE FACUNDO ZUVIRIA EN MONTEVIDEO

“Cual la causa de que nuestra patria, quizás el teatro más hermoso que la Providencia ha podido ofrecer a la industria del hombre, sólo haya servido para sus hijos de sangriento circo a luchas las más bárbaras, las más atroces y fratricidas”.

“...los triunfos en la guerra civil nunca han sido el triunfo de la patria y de la libertad, sino el de algún hombre y su cortejo sobre todos los demás que candorosamente hayan concurrido a la elevación de uno de muchos tiranuelos, para que se repartan los despojos de la tierra clásica de las desgracias y sufrimientos: traicionando el programa ofrecido a los pueblos, si es que al ofrecerlo ya no estaba traicionado en su corazón”.

FACUNDO ZUVIRIA.

No existen en la geográfica inmensidad del Nuevo Mundo dos naciones más íntimamente hermanas que el Uruguay y la Argentina.

Ambos pueblos constituyen una misma gran familia espiritual asentada sobre el ámbito político de dos soberanías.

Sus viejos lazos de consanguinidad social se entrecruzan ya a partir de la fundación de Montevideo, comienzos de nuestra vida ciudadana. Es que desde la época hispana el humano y común tributo de sus generaciones fue enhebrando vínculos para entretejer la urdimbre forjadora de idéntica conciencia moral en la proyección de sus estirpes.

La sociedad del Plata se gestó en aquellos lejanos tiempos y en el alveolo primigenio hendió sus fraternas raíces. Unida asiste a la pugna redentora de la Revolución bajo el iluminado signo de una misma y exaltada pasión de Libertad, y estará presente en la sangrienta hecatombe de la Nueva Troya, salvadora de la dignidad nacional de ambas patrias.

Quizás no haya un hogar en la tradicional ralea del Plata que no ofrezca entre sus ancestros la presencia creadora de aquellos vínculos.

Estirpes uruguayas vieron nacer su prole en el solar de Mayo y cuantos argentinos abrieron sus ojos a la luz de nuestro cielo, tan blanco y celeste como el de sus mayores.

Geología semejante, ríos comunes que marcan sus fronteras y el soplo turbulento del Pampero que abraza orillas en el ímpetu alado de sus ráfagas.

Son potencias magistrales que vienen de una misma y profunda realidad telúrica y sellan, en su vasta cuenca, la recia personalidad de los dos pueblos.

Y será siempre lección oportuna para la juventud de todos los tiempos evocar aquellas páginas del pasado; ellas tienden al porvenir su hálito de esperanzas, y son, en suma, voces que nos llegan muy de lejos camino al infinito.

Nada avasallará el histórico destino y la humana misión de estas patrias. Nada pudo el genio criminal de Juan Manuel de Rosas y nada podrá jamás la desatada furia de los tiranos que quieran silenciar el espíritu y la conciencia democrática del Uruguay que supo recoger en el presente, como ayer, haciendo otra vez suyo el íntimo dolor del gran pueblo argentino, y lo proclamó a todos los vientos para estigma y eterno escarnio de quienes ultrajaron la tierra de Sarmiento.

Fue en horas de intensa incertidumbre nacional cuando el Dr. Facundo Zuviría se alejó de su tierra argentina, a la

que siempre le había entregado los ópimos frutos de su espíritu y preclaro talento político.

Mediaba el año de 1855 cuando el ilustre ex presidente del Honorable Congreso General Constituyente de Santa Fe, arrebatado por obscuro turbión de inicuo personalismo, procura en el exilio la seguridad y el escenario de paz y olvido para sobrellevar el drama de su vida.

No era esta, por cierto, la primera vez que el Dr. Zuviría se alejaba de su tierra natal. Larga y fecundísima había sido su estada en Bolivia donde se amparó en 1841.

El Dr. Facundo Zuviría dejó la ciudad de Paraná, camino del destierro, en el mes de setiembre, y en carta que dirige a sus hijos les expresa, con íntimo y acongojado sentimiento su resolución de expatriarse.

Azotan el corazón del patricio tremendas angustias.

“Tanto por mi descanso, cuanto por que ya no puedo sufrir tanta y tan obstinada persecución, he resuelto de consejo universal —decía— irme a Montevideo hasta que Dios mejore sus horas para mí. No puedo habitar con descanso ni seguridad en un solo punto de la República Argentina. Temo... Afuera tengo libertad, pluma y prensa. ¡Qué tal después de 42 años de asiduos y gratuitos servicios a mi patria! ¡Tener que ir a buscar en mis últimos días la seguridad, el descanso o el olvido que no me ofrece el País por el que me he sacrificado!”

Instalado, con su hijo José María, en casa de una familia argentina, el Dr. Zuviría encontró, de inmediato, en nuestra ciudad, la más amplia, cordial y sincera acogida.

“Toda esta ciudad incluso su Clero —dice— me han llenado de honor y de las mayores consideraciones, que cuando menos sirven de consuelo en las horas amargas”.

La estada del Dr. Zuviría en Montevideo se prolongó por espacio de seis años que él dedica con profunda intensidad intelectual a sus estudios literarios y filosóficos, de tal suer-

te que pocos meses después de su arribo la prensa local se honraba editando los escritos del político argentino.

En enero de 1856, en nueva carta que envía a sus hijos explica, con sentida emoción, las ocurrencias más notables de sus días en Montevideo, lamentando únicamente su soledad y el lejano convivir fuera de su hogar salteño.

“Si fuera posible ser feliz fuera del hogar doméstico y seno de la familia, pasaría buenos días en esta bella ciudad, por su temperamento, comodidades, inmediatez a Europa, atención de sus gentes, independencia de toda política... Pero de nada se goza si el corazón no toma parte en los goces, y no lo goza, con los suyos. Así me sucede: vivo leyendo y escribiendo.”

Os adjunto el Nº 1 de este Periódico Merc. Uruguayo en que está un art. en honor mío. Sin costo me van a publicar en tomo todos mis cuadernos. También te remito un cuaderno que contiene algunos artículos míos y que se imprimen en la Biblioteca del Mercurio, el periódico que aquí goza de más crédito. También os remito dos ejemplares de su primer número en que sin conocer yo personalmente a sus Editoriales, me honran con el título del Catón Argentino.

También os remito un número del Universal, periódico de aquí, en que se ha impreso un discurso improvisado que pronuncié en el grado público de un joven Castellanos, pariente nuestro e hijo del Sr. Dn. Florentino Castellanos, la primera categoría de este país. Confieso que me sorprendí porque fue ante más de 1000 personas hombres y mujeres de la clase de este Pueblo.

Mientras he conservado esperanzas de la paz y la unión con Bs. As. y de nuestra integridad nacional, por la que tanto me cuesta, mi espíritu se ocupaba de la política argentina. Mas hoy que he perdido aquéllas, he quedado como el que cansado de luchar con las olas embravecidas se convence de su impotencia y se abandona a la corriente y al naufragio.

Ya he hecho cuanto podía y más de lo que debía. ¡Basta!”.

Esta interesante misiva familiar merece expreso comentario y cabe decir que las últimas y melancólicas palabras del viejo y romántico constitucionalista norteco denuncian la cri-

sis moral que afligía su ánimo. Pero la carta debe ser anotada para destacar otros aspectos merecedores de particular consideración. El artículo en honor y elogio del Dr. Zuviría refleja la respetuosa simpatía que le rodeaba, y en ese mismo número del "Mercurio Uruguayo", de febrero de 1856, figura la primera entrega de la Biblioteca del propio periódico con un breve y significativo escrito del doctor Zuviría: "Amor a la tierra natal".

En suma, el Mercurio editó en su folletín Biblioteca, cinco estudios del antiguo periodista provinciano y todos sobre temas sociales; sus títulos, a más del antes citado, son: "Del buen sentido", "Egoísmo", "Empleomanía" y "Reflexiones sobre la calumnia", redactado en 1854, más otro artículo, "Del Espíritu de Partido", transcripto a toda página y en tres números sucesivos.

En aquel mismo mes de febrero de 1856 el Dr. Zuviría, padrino de grado del señor José María Castellanos, edita en el Universal el discurso que pronunciara en la Universidad de la República, preciosa página literaria en la que destaca el papel de la cultura entre la juventud.

Y debo decir ahora que es altamente significativo señalar como los más modernos biógrafos de Facundo Zuviría, Dn. Miguel Zolá y Jacinto R. Yaben, han silenciado su estada en Montevideo.

Tan honda repercusión tuvo en el espíritu del prócer argentino la acogida que le dispensó la sociedad uruguaya que en setiembre de aquel mismo año de 1856 resuelve fijar definitivamente su residencia en nuestra tierra.

"Supuesta esta resolución —dice— necesito ocuparme de algo para vivir.

En mi edad, mi posición social, etc., la ocupación más compatible con ella es la de dictar una o dos cátedras de ciencias filosóficas, morales o políticas. Mis recursos se van agotando y antes que se concluyan, necesito empezar a ganar algo".

Hombre de profundas convicciones católicas prestó entonces preferente atención intelectual a la causa de sus grandes amores ideológicos. En tal sentido dio a publicidad en el Comercio del Plata un extenso discurso acerca de las "Hermanas de Caridad" y comenzó en diciembre de aquel mismo año de 1856 la redacción de un opúsculo sobre el elemento religioso, en el que "habrá —dice— un extenso capítulo sobre Misiones y Misioneros como primer elemento o primer escala de la civilización. Deberá ser extenso; tengo muchos materiales, entre los que es el primero mi convicción íntima, sobre la necesidad de su adopción en nuestra Patria".

Dedicado en absoluto a las más severas disciplinas del espíritu, esfera exclusiva de su actividad, fue el Dr. Zuviría conquistando la respetuosa consideración de todos y a tal grado llegó el prestigio de su personalidad que en carta datada en marzo de 1857 podía comunicar, con íntimo orgullo, estas honorables expresiones:

"Te repito que fuera de la privación de la familia y sucesiva extenuación de mis pobres recursos, en todo lo demás lo paso muy bien; aunque retraído en mi casa, se que este Pueblo me dispensa las más altas consideraciones, y que mi nombre es un nombre de respeto ante todos, y que de esta reputación participan mis hijos".

Entre los meses de abril a julio de 1857 el Dr. Zuviría se radica en Colonia del Sacramento para escapar de la fiebre amarilla que azotaba Montevideo. De retorno a la capital vuelve a su labor intelectual y en octubre de ese mismo año el General D. Venancio Flores le hace objeto de extraordinario homenaje familiar: lo designa padrino de óleos de uno de sus hijos. En carta que escribe el día 4, apunta interesantes noticias.

"Esta mañana me tomó en cama el señor Gral. Flores, ex-presidente, y me dijo: He tenido 15 hijos; de catorce ha sido padrino mi hermano; del décimo 5º quiero que lo sea Ud.; acepte esta molestia como prueba de mi amistad y de

ser el hombre cuyo carácter y nobleza me ha inspirado más confianza en esta vida. He aceptado con gratitud, aunque con el sentimiento de que mi nombre para nada y por nada salga de la oscura nube en que lo quisiera tener envuelto”.

En ese mismo mes de octubre de 1857 vio en letras de molde su estudio sobre la Prensa Periódica, en el que analiza, con claro espíritu crítico, cuanto se relaciona con la libre expresión escrita del pensamiento y el periodismo. Comenta los defectos de la legislación vigente argentina y señala normas de futuro para establecer, sobre bases firmes, tan preciosa conquista del hombre moderno.

En carta que redacta el día 24, al comunicar a los suyos éste y otros acontecimientos de su vida, les dice:

“...imprimí el opúsculo sobre la PRENSA PERIODICA. Era natural que Gómez aquí y Sarmiento en Bs. As. me atacasen. Los demás de aquí o de allí, o han callado o han dirigido excesivos elogios que los estimaría Lamartine. Los personajes más distinguidos de ésta, nacionales y extranjeros, me llenan de cartas en igual sentido. Me han pedido permiso para su traducción e impresión en Europa. Dos Ministros extranjeros le han mandado oficialmente a su Corte pidiendo a su Gob^o. la traducción e impresión”.

Por esa misma carta nos enteramos que continúa escribiendo, con exaltado entusiasmo, su obrita del principio religioso como elemento político, social y doméstico, libro que aspira legar a sus hijos como su “último trabajo serio y provechoso”.

Pero agitado por misterioso impulso el Dr. Zuviría empieza a compilar sus trabajos literarios, aun los anteriores a su célebre discurso pronunciado en Bolivia ante el féretro del Arcediano Gorriti, para mandarlos editar en Francia. Y a esa fecunda labor le dedica todas las horas posibles. “Desde las siete de la mañana hasta las 10 o 11 de la noche, no me alcanzo a mí mismo. Soy muy solo, muy solo”, exclama.

A mediados de 1859 el Dr. Zuviría pone término a su es-

tudio del “Principio Religioso”. Era su grande y anhelante preocupación... Extraña urgencia lo acuciaba... y ante ese llamado sin horizontes fue encendiendo, con luminosa avidez, aquellos días de su noble ancianidad y entonces escribe estas líneas que trasuntan sus colmadas esperanzas:

“Hacen cuatro días que concluí mi obrita del Principio Religioso... Estoy satisfecho de mi trabajo, ya por mi propia convicción como aun por el juicio de los que han leído parte de él. Por la naturaleza del escrito es el último esfuerzo y resumen de mis convicciones religiosas que quiero legar a mis hijos, ya que no tengo otra cosa que dejarles”.

Respecto de sus obras completas —en dos tomos— que ya titula “Discursos morales o filosóficos” y “Discursos políticos” no tiene apuros, y con admirable serenidad expresa: “la publicación de esto será obra de Uds. o posthumas mías”.

En esas horas de íntimo regocijo espiritual la desatada contienda civil argentina vendrá a enlutar su corazón y le hace pronunciar estas palabras cargadas de amargura:

“La guerra civil entre Bs. As. y la Confederación la creo sangrienta, desoladora... He aquí hijo mío, lo que yo quise evitar desde que llegué a Santa Fe: relée mi primera moción de paz y todos mis discursos en el Congreso y toda mi política en la Confederación: toda ella tendiente a evitar la presente situación... Algún día se hará justicia a mis provisiones y a toda mi conducta política, y me la harán por igual ambas partes beligerantes cuya marcha exaltada he reprobado por igual en el silencio y retiro de mi gabinete!

¡Dios salve a mi Patria y a mis hijos en la presente lucha!”.

Y así se fueron clausurando sus días... soledad, miseria y hondas tristezas en su patricio corazón, y en sus labios la oración que cae silenciosa para unir, en la íntima ronda de su lejano hogar en sombras, el nombre sagrado de la Patria amada y el recuerdo de sus hijos...

Y tal como él lo quiso todo se cumplió...

En 1861 el Dr. Zuviría vende sus pocos libros para costear su retorno a la soleada tierra de sus amores... no tiene bienes y no quiere dejar deudas y escribe estas palabras que guardan, en su expresión literaria, la divina grandeza de las cosas eternas:

“Ulises sólo pedía a las repúblicas de Grecia a que había servido, el que le costeasen la vuelta a su pobre ciudad de Ytaca. Yo con mayor derecho y verdad que él, podía pedir siquiera eso a mi Patria; pero no lo haré ni le admitiré sino el aire, la tierra y el agua para mi tránsito hasta Salta.

Quiero que si algo he hecho por ella me lo deba, o me lo reciba en pago de mi nacimiento y el de mis hijos”.

Legislador, periodista, constituyente, educador... pero Facundo Zuviría fue por sobre todo el genio de la paz y de la unión fraterna entre sus compatriotas. Ese pensamiento iluminó sus días y puso en su alma de patricio la congoja de su íntima derrota espiritual. Ejemplo sin par de virtudes y dignidad ciudadana no pudo ser más justo el título eminente de *Catón Argentino* con que se le distinguió en el Uruguay.

A un siglo de escritas las inéditas páginas de su correspondencia familiar que hoy exhumo (*), puedo decir, que en ellas palpita con sangrante emoción el no clausurado drama político argentino... mientras por los olvidados caminos de su historia rueda sin eco la augusta lección de aquel egregio hijo de Salta.

ARIOSTO FERNANDEZ.

(*) Los mencionados documentos del Dr. Facundo Zuviría obran inéditos en el archivo del Dr. Dn. Raúl de Zuviría, a quien expreso mi reconocimiento y gratitud.

